

Hasta el año pasado, cuando me enfrenté a los estudios del curso sobre malos tratos y violencia de género de la UNED, yo creía que había permanecido en la situación de malos tratos porque estaba enamorada de mi marido y porque, cuando había escenas entre nosotros, veía a mis hijos sufrir y quería evitarles el sufrimiento.

Respecto al amor de él, estaba segura de que los “malos tratos” eran un error dentro de comillas, porque entonces no les daba ese nombre. La percepción por mi parte, que era yo la que no sabía hacer bien las cosas y que él en cambio tenía dentro un algo, un destello, no sé, eso que me había enamorado en un principio, que se abriría camino y vencería frente a todos los escollos. Me parecía que nuestra relación estaba llena de baches que yo, como hábil mujer, tenía que apartar de nuestro camino. Si no conseguía apartarlos, era porque no encontraba las habilidades que, al fin, si las lograba desarrollar, conseguirían restaurar nuestro primer amor.

Me sentía sola e insegura aunque entonces yo creía que era con él impotente. Estaba sola frente a él. Pensaba que no sabía portarme a la altura del hombre bueno y valiente que él era. Creía que el desprecio que él me mostraba no era por mí, sino por lo inadecuado de mi comportamiento. Así, yo, en vez de sentir su desprecio y su desamor, me sentía agradecida por hacerme ver lo inadecuado de mi manera de abordar las cosas.

Por otra parte, yo veía a mis hijos desvalidos y pensaba que ese desvalimiento de ellos lo causaba yo. Me parecía que, en los momentos en que lograba ser lo suficientemente hábil para no desatar la dureza de él, mis hijos se esponjaban y se fortalecían y parecían perder el miedo y volvían a reír. Esa manera de ver las cosas, que era parte de mi ser interior, hacía que me esforzara eternamente por ser complaciente y buena con él y que aceptase todos sus preceptos como si incumplirlos me convirtiese en mala persona.

Estaba profundamente desorientada, pero me focalizaba en él, pues no había nadie más. Él tenía un comportamiento ambivalente. Ante los amigos y su familia era encantador. Ante mi familia no tenía que disimular, porque no estaban: mi gente había salido huyendo desde el principio y nunca me dijeron por qué. En realidad yo pensaba que les había ofendido por casarme con un hombre que ellos no aprobaban y que, por lo tanto, me desaprobaban a mí. Así que estaba sola con él, con su gente y sola con el desvalimiento de mis hijos que sólo acusaban la tristeza cuando había escenas entre nosotros. Por tanto, ser capaz de controlar las escenas se convirtió en prioridad para mí.

Por otra parte, al principio, cuando él se pasaba de tono, se volvía muy meloso y conquistador, muy dulce, me traía flores, regalos, hacía elogios a la comida, me veía guapa y lo decía, así que yo llegué a pensar que sólo tenía que ser como a él le hacía feliz para que su actitud me hiciese feliz a mí y los niños estuvieran contentos y seguros.

Él hacía muchas bromas a los niños y, cuando yo me sentía peor, ellos se reían de mí, de mi cara, de mis lágrimas si lloraba. Me sentía ridícula. Pero el hecho de estar sola, siendo objeto de bromas por parte de todos, incluso de los niños, con su inocencia, terminaba haciéndome sentir que era quisquillosa, exagerada y tonta y por eso claudicaba y me pasaba a reír con ellos, para poder soportarlo como una simple broma. De todas formas, entrar en sus bromas como si fuesen alegres era la única manera de poder reír.

Yo no llamé nunca malos tratos a lo que sufría, creía que era normal, que eso era así; eso era estar casada, tener hijos, familia, sacarlos adelante; todo eso formaba parte del sacrificio necesario de la vida, igual que parir hijos se hace con dolor. También, igual que en un parto la relajación, la respiración controlada y el aguante lo hacían más llevadero, pensaba que relajarme, aguantar y poner buena cara ante el mal tiempo que vivía, daría el fruto normal de una vida normal con hijos normales y un estar normal entre la gente.

No me planteé problemas por el hecho de que mis amigos fuesen todos sus amigos y mi familia fuese su familia, porque al haber desaparecido mi gente de mi alrededor, pensaba que algo malo desprendía yo que, si lo dejaba brotar otra vez, terminaría contagiando también a mi relación con ellos, a mi marido, a mis hijos, a su familia, a sus amigos: a lo único que tenía. De manera que, si no tenía cuidado con lo que hacía, podía perder también a mis hijos y tal vez a mi querido esposo y también a todos los que creía nuestros amigos que pululaban por nuestro alrededor. Por supuesto, eso fue lo que de hecho terminó pasando cuando rompimos. Perdí a todos. No me planteaba separarme a pesar de que yo trabajaba y ganaba dinero, porque pensaba que la situación tenía solución si yo “me comportaba” y, además, me consideraba incapaz de administrar bien la economía, creía que no podríamos comer ni pagar la factura de la luz ni el teléfono, que no iríamos nunca más de excursión, que los niños se marcharían de mi lado, que no sabría educarlos, que les privaría de su padre, que les quitaría la risa... En cuanto a la economía, él administraba todo desde una cuenta única que siempre estaba vacía y yo, hasta que me separé y vi cuáles eran los gastos reales, creí que todo el dinero se iba porque yo lo administraba mal.

En un momento en que me sentí peor de lo normal, abrí una cuenta a mi nombre para ahorrar algo del dinero que ganaba. Pero me sentí tan traidora, tan mentirosa, que se lo dije y le entregué todo el dinero. Con ese dinero ¡él se fue de vacaciones con otra mujer! ¡Pero lo que yo entendí entonces fue que me había merecido ese castigo por haber tratado de engañarle! También rumié que, por ser yo mala, inadecuada, él lógicamente perdía su amor por mí; si así era ¿qué podía hacer yo para enamorarle de nuevo...?

Todo siguió así, en un presente eterno y cada vez más triste. Como, hiciera lo que hiciera, yo nunca conseguía estar a la altura de sus expectativas, entré en depresión profunda, arrastrando una doble vida demoledora. Por un lado, era competente en mi trabajo y vivía mi vida profesional como una ganadora, con premios y reconocimiento de mis superiores y mis iguales; pero no hacía amigos entre mis compañeros, así que me tenían cierta envidia y me creían fuerte y feliz. Por otro lado, interiormente estaba desmoronada y los únicos agarres que daban sentido a mi vida eran ver a mis hijos reír, por un lado, y seguir trabajando como si no pasara nada, para sentir que yo algo valía, por otro.

Así siguió todo hasta que, un día, mi marido intentó ahogarme porque me quedé dormida mientras él quería sexo. El shock de sentir la falta de aire, de tenerlo encima de mí apretando mi garganta, me hizo gritar de terror y desperté a los niños. Él no me dejó moverme para ir a consolarlos y eso me abrió los ojos al miedo.

A partir de ese momento, no me planteaba separarme por miedo a que, si intentaba irme, me matase; por miedo a que hiciera daño a los niños, por miedo a rompernos todos. Aún así, no pensé que él fuese malo o que no me amara. Seguía creyendo que la mala era yo, que era inadecuada, que no sabía demostrar amor, que merecía ser castigada.

Otra cosa que me impedía separarme era mirar el abismo infinito del fracaso de mi vida. Había vivido con él veinte años. Había parido hijos y había dedicado mi vida a un amor que era mentira. Si eso era falso ¿quién era yo? Era como enfrentarse a la nada, al no ser, al absurdo, al vacío absoluto.

Simultáneamente, pensaba en él, recordando el amor que me inspiró cuando nos conocimos, como si fuese mi patria, mi país, un lugar por conquistar y merecer, un ideal que merece la entrega de la vida; el único referente que había tenido y que, ahora, con ese extremo horror de sentir la muerte cercana y posible a sus manos, se convertía en un terreno que tenía que reconquistar, no en algo perdido, sino en algo

que se separaba de mí como si fuese un trozo de mí misma y me desgarrara. Me perdía en ese dolor, ese miedo y esa incapacidad.

Todo terminó un día que, ante algo que yo le ofrecí como regalo, que era una oferta de volver a empezar, él lo despreció, se volvió como loco y saltó encima de mí a golpearme. En ese instante se me cayó la máscara y vi que nuestra relación no tenía retorno y me fui de casa, como quien se tira por un precipicio.

Sin embargo, me costó mucho marchar de su lado y vivir, porque la vida que había elegido al marcharme tampoco era vida. Por un lado, los niños se vinieron conmigo y él me persiguió con amenazas, insultos y vejaciones durante años. Al ver los insultos, persecución y desprecios que él nos daba, las criaturas se apretaron a mi alrededor, y eso me fortaleció. Pero luego él cambió de táctica. Empezó a hacer de buen papá, a conquistar a los niños con regalos, viajes, espacios y dinero, que yo no podía darles. Además, él se volvió permisivo y liberal; así los niños se sentían más cómodos a su lado que al mío, pues yo les imponía normas de conducta y él en cambio les dejaba hacer lo que quisieran y les daba todos los caprichos.

Al cabo de unos años, mis hijos se fueron a vivir con él. Aunque mantenemos la relación, con los años, he perdido también el corazón de mis hijos. Todos están alrededor de él, lejos de mí.

Vivo en el destierro de mi familia de origen, porque no supe retener a mi hombre ni a mis hijos; en el destierro de mis hijos que se han ido con su padre; en el destierro de los amigos que creía tener, porque no he vuelto a ver a ninguno. He perdido mi profesión por una discapacidad causada por una enfermedad autoinmune que debo a los años de estrés. Vivo lejos de mi tierra. En esta nueva tierra, tengo amigos nuevos, sobre todo amigas, pero ninguno de ellos toca mi médula, ya que en esta batalla he perdido la médula. Tengo nietos y la relación con ellos también está marcada por el abuelo. Vivo sola.

Por tanto, las gentes que me ven, sola, si son chicas que están en situación de malos tratos, se tientan bien las riendas para no verse como me veo yo. Ésa, ver lo que les pasa a una mujer que escapa, es también buena razón para no escaparse de la relación y, en cambio, tratar de capearla y sostenerla y conservar lo que una cree que hay de salvable.

Por último, decir que desde que estudié este curso de malos tratos iluminé mi camino y comprendí que no soy mala gente. Eso me ayuda a reconciliarme conmigo misma y con la vida. Ahora sé que, aunque

vivo en el destierro y tengo mucho dolor que sortear, no soy mala persona; que actué siempre por amor y por bondad del corazón; que no exageraba el dolor sino al revés, lo achicaba; que si algo tengo que reprocharme es el no haber sido lúcida, el dejarme atrapar en el amor del príncipe, el haber estado indefensa frente a la bestia, el no tener luz con que guiarme y, por tanto, no tengo que sentirme mal por eso sino bien, consolarme y felicitarme por ser valiente, por seguir viva y por conservar la risa a pesar de todo. Ahora trato de agarrarme al buen humor, dedicarme a actividades que me gustan y a mis amigas nuevas.

También he comprendido que puedo ayudar a otras mujeres a encender su luz antes de que el destrozamiento de sus vidas las arrase.

Sin embargo, me doy cuenta a mi vez de que, al ayudarlas encender su luz, ellas ven el horror y muchas veces, en vez de tomar fuerzas para marcharse, se fortalecen para resistir más.

Es muy difícil ser maltratada y marcharse del maltrato. Quizá habría que preguntarse por las razones para escapar de él. Es también muy difícil haber sido maltratada, haber escapado, y seguir riendo y estando viva a pesar de todo. Parece que tengamos dos vidas en vez de una sola, que seamos dos personas o dos trozos de persona, en vez de una sola persona entera.

Felicito por su suerte a las y los que no comprenden las razones para permanecer en la relación de malos tratos, porque es señal de que no han pasado por esto.

Mando una sonrisa cómplice para las que sí lo saben.

Un beso a todas y todos,